

segura de que si todo esto se sacase del polvo, se limpiase y barnizase, podria amueblarse el salón con magnificencia.

Monsieur Derval pidió la llave del granero, y seguido de su sobrina, subió á ver los muebles.

¡Vengo maravillado!—dijo á su esposa;—las consolas del reinado de Luis XV; las cómodas adornadas de cobre cincelado y de la misma época: son magníficas; los sillones soberbios; todo está en buen estado y solo necesita de una buena restauracion inteligente: dentro de quince dias tu salón será magnifico.

## VII

Durante algunos dias, la atencion de la familia, se halló exclusivamente ocupada con los objetos nuevos que se iban descubriendo en el granero; gracias á los cuidados de monsieur Derval, el salón estuvo pronto soberbiamente

amueblado con objetos antiguos, tan á la moda y tan caros en nuestros días.

Enriqueta estaba encantada, y deseaba con tanto ardor la llegada de sus amigas, que les escribió para apresurarla; las señoritas de Bréade no tardaron en aprovechar la invitacion, y Mariana quedó muy sorprendida, viendo una hermosa mañana llegar de visita á dos señoritas vestidas con trajes de seda de color claro y con sombreritos blancos, pidiendo ver á la señorita de La Saulnaye: bajo este nombre pomposo habia firmado Enriqueta su invitacion á sus amigas de colegio.

Mariana se fué al jardin; se hallaba vestida con un modesto traje de indiana y temía disgustar á su orgullosa prima mostrándose en tan completo *negligé*.

—No hay necesidad de que yo me presente á esas señoritas,—se dijo,—Enriqueta les hará los honores y yo pasaré desapercibida.

La huérfanita fue á sentarse en un lugar retirado á fin de descansar un poco, pues acababa de limpiar el cuarto de su tío; pero aunque sus manos estuviesen inactivas, su imaginacion trabajaba siempre, y en este momento pensó en el manuscrito que habia caido del retrato algunos dias antes; sacóle vivamente de su bolsillo, y se puso á leerlo; hallóse de pronto con una inmensa dificultad para decifrar aquellos caracteres escritos por una mano temblorosa, y de formas desiguales; las expresiones antiguas y extrañas la desorientaban por completo; iba ya á renunciar á la lectura, cuando

su curiosidad y su atención se redoblaron, leyendo poco más ó menos estas frases:

*Este tesoro se halla sepultado en la bóveda pequeña del subterráneo... la tierra del centro de la bóveda citada es poco espesa, y al instante que la remuevas un poco descubrirás un anillo ó asa de hierro; este es del cofre que encierra los tesoros de mis padres...*

Mariana, temblando de emoción volvió á empezar la lectura de esta frase, muy clara, pero que á ella, sin embargo, le parecía oscura. Un gran ruido de voces y de alegres carcajadas le hizo levantar la cabeza; volvió á poner el papel en su bolsillo y se quedó inmóvil reconociendo la voz de su prima que se iba acercando cada vez más, que se oía ya distintamente.

—Sí, amiga mía,—decía Enriqueta,—á mi prima debo yo el vivir aquí, en este viejo nido de águilas.

—¿Qué quereis decir?—preguntó una de las hijas del coronel.

—Una cosa muy sencilla, mi prima es huérfana y pobre; mis papás la han adoptado y recogido; mi papá, que hace noblemente todas las cosas, ha decidido mirarla como á su segunda hija y partir con ella mi corto dote; con el aumento de atenciones, ha habido necesidad de hacer economías, amenguar los gastos; por esta razón tenemos que habitar este caserón la mayor parte del año.

—¡Pobre amiga mía,—exclamó una de las jóvenes,—te han sacrificado! No sé yo si mi padre hubiera hecho otro tanto.

—Así, pues, no os admiréis, queridas mías,—prosiguió Enriqueta,—¡si yo no me entusiasmo con las bellas cualidades de mi prima, de las cuales mi mamá acaba de hacer tantos elogios: ya comprenderéis que no puedo amarla!

—Es imposible! Debéis aborrecerla como á un verdugo.

—¿Es bonita vuestra prima, Enriqueta?—preguntó la hermana menor de Bréade.

—Es muy viva; pero tan morena, que parece negra, y tan flaca como un palo; y después es insoportable; sin cesar está moviéndose, co-siendo, cortando, arreglando, limpiando... ¡os aseguro que el verla me ataca á los nervios! ¡Mirad concluyó Enriqueta, con una carcajada,—aquí tenéis su retrato!

—¿Dónde?—preguntaron las dos jóvenes.

—¡A nuestros pies! ¿Ves esa hormiga que corre llevando un grano de trigo en sus patas? Ese es el retrato más parecido de mi prima.

Las tres amigas soltaron la carcajada.

La pobre Mariana, inmóvil y temblorosa, oyó perderse á lo lejos sus voces burlonas: su corazón estaba henchido de amargura y de sollozos y las lágrimas inundaron su semblante; un tropel de pensamientos dolorosos asaltaron su espíritu, y le pareció que toda la felicidad de su vida se aniquilaba; ¡su prima no la amaba, lo confesaba con complacencia, casi con orgullo!

—¡Oh, mi querido tío! ¡Oh, mi buena tía!—exclamó en medio de sus lágrimas;—¿con que por mí habéis venido á habitar este castillo? ¿Conque queréis darme hasta un dote? ¿Y para que?

¿Qué necesidad tengo yo de él? ¡Ah, Enrique-  
ta! ¿Cómo has podido pensar que yo aceptaría  
la mitad de tu ya tan escasa fortuna? ¡Yó, que  
he rehusado los vestidos que tu madre me daba!  
¡Ah, no lo temas, guarda tu fortuna, guárdalo  
todo, yo no te pido más que un poco de amistad,  
yo no quiero más que un sitio pequeñito y hu-  
milde bajo tu techo, en tu hogar, y yo me esfor-  
zaré para traer á él el bienestar y la dicha, co-  
mo la pobrecita hormiga á la cual acabas de  
compararme!

Mariana empezó á llorar de nuevo, sacó del  
bolsillo su pañuelo para enjugar sus ojos, y al  
mismo tiempo un pequeño objeto salió con él y  
cayó al suelo; lo recogió y se halló con el per-  
gamino que se habia deslizado de detrás del  
cuadro; su contenido se presentó en seguida á  
la memoria de Mariana, lo desdobló y leyó de  
nuevo esta frase misteriosa:

*El tesoro está en la bóveda...*

La jóven enjugó vivamente sus ojos y se pu-  
so á estudiar el contenido de aquel vetusto es-  
crito.

—Sí, pensó después de algunos instantes de  
reflección,—es evidente que un conde de La  
Saulnaye ha enterrado sus riquezas á fin de que  
su hijo las encontrase á la vuelta de una gue-  
rra lejana; ¿pero este tesoro existe todavía? ¿No  
ha sido descubierto? Muchos años han pasado,

y las torrecillas y las salas del castillo, que  
existían en otro tiempo, cubren ahora sin du-  
da con sus ruinas el subterráneo y la bóveda de  
que habla este pergamino. ¡No importa! Quizá  
es la Providencia quien ha hecho caer este pa-  
pel en mis manos; quizá quiera permitirme á  
mí, pobre y débil huérfana, que devuelva á mi  
buena tía la fortuna de sus antepasados.

Mariana salió del jardín absorta en sus re-  
flecciones, y se dirigió al comedor, en el cual  
se hallaba colocado en un cuadro el plano pri-  
mitivo del castillo, dibujado en un gran per-  
gamino, y con los nombres de las salas y la de-  
signación de cada pieza.

Tan absorta se hallaba en examinarlo, que  
no oyó venir á su prima.

—¡Calla!—dijo Enriqueta con su risita bur-  
lona;—¿estás estudiando el plano del castillo?  
Serás también Ingeniero? Acaso llegará tu ha-  
bilidad hasta levantar lo que está arruinado, en  
cuyo caso yo seré la primera en reconocer tu  
talento.

¿Quién sabe?—respondió Mariana sonriendo  
á su vez con la paciente dulzura que nunca la  
abandonaba; luego, viendo que su prima de-  
jándose caer en una silla se ponía á bostezar,  
añadió:

—¿Se han marchado ya tus amigas?

—¡Desgraciadamente sí! Te he buscado por  
todas partes para presentarte á ellas.....

—Como no estaba vestida.....

—Esa es una de tus buenas costumbres: vas  
siempre peor vestida que Juana.

—Pero no voy rota, ni manchada,—observó la jóven;—es muy justo que tú estés elegante: yo ando en todo, y los trajes que me pusiera, se estropearían al instante.

—A tu gusto,—repuso Enriqueta desdeñosamente;—pero ahora que recuerdo, mamá te llamaba.

Mariana corrió en busca de su tía.

—¿Dónde has estado, querida mía?—exclamó la excelente señora tomando la mano de Mariana, atrayéndola hácia sí y besándola en la frente;—si supieras cuanto he sentido que no vieras á las señoritas Bréade ¡Si hubieras visto cómo se extasiaban al ver estos retratos y este tapiz de los Gobelinos que tu has compuesto con tanta habilidad! ¿Y los muebles? ¡No volvían de su admiración al ver estas cómodas cinceladas y estas consolas del tiempo de Luis XV! ¡Y todo esto lo tenemos gracias á tí, mi querida Mariana!

Después de la comida, la jóven volvió á estudiar el plano del castillo, en tanto que su prima tocaba el piano y que sus tíos hablaban en el hueco de la ventana, disfrutando el fresco de la noche.

—¿Qué tiene Mariana?—preguntó monsieur Derval;—¿por qué habia de llorar?

En aquel instante, la joven se volvió con los ojos brillantes, la frente radiosa y la sonrisa en los labios.

—Ya ves que te has engañado,—dijo madama Derval á su esposo.

Mariana fué á buscar la canastilla de su la-

bor, que se hallaba sobre la mesa; tomó unas gruesas agujas de madera con las que habia empezado un almohadón de lana, y se puso á trabajar de una manera febril, y con una especie de sorda agitación.

—Yo te aseguro que Mariana tiene alguna cosa extraordinaria,—insistió monsieur Derval.

Después de haber observado á su sobrina durante algunos instantes, se levantó y se acercó á un velador que sostenia varios albums; tomó el de su hija y se puso á hojearlo maquinalmente, pero un instante después, se detuvo estupefacto, y la expresión de un vivísimo disgusto se retrató en su semblante.

Sobre una hoja en blanco, Enriqueta habia dibujado un pequeño cuadro y en medio una hormiga negra, que alargaba sus patas para sostener una carga muy pesada para su debilidad; debajo, se hallaban escritas por la mano de mademoiselle Derval estas palabras:

*Retrato de mi prima, visto y aprobado por mis amigas.*

Monsieur Derval quedó un instante inmóvil y pensativo; aquel insulto hecho á la niña desvalida, le parecía una cobardía infame: tomó un lápiz y en la misma hoja del dibujo diseñó un cigarrón con larga cola volteando por encima de un arroyuelo de agua y de algunas flores; debajo escribió imitando á la perfección la letra de Mariana:

*Retrato de Enriqueta, visto y aprobado por mi tía y mi tío.*

Después por encima del cuadrito de la hormiga escribió estas palabras:

*La hormiga es previsor y laboriosa porque piensa en el porvenir.*

Y por encima de lo que él mismo acababa de dibujar, estas otras:

*El cigarrón es un animal insustancial y tonto que para nada sirve sino para mirarse en el agua.*

Terminada su tarea, abandonó su sitio, dejando el album abierto sobre la mesa.

Cuando Enriqueta se levantó del piano, fué hácia la mesa, vió su album abierto y al mismo tiempo la nueva página, que contempló con un asombro mezclado de indignación; alzó sus ojos cargados de las llamas de enojo sobre su prima, á la que halló enteramente ocupada de su labor; pero en seguida un ardiente rubor cubrió sus facciones, al encontrar la severa mirada de su padre, comprendiendo de donde venía aquella lección tan justamente merecida

## VIII

Mariana durmió muy poco aquella anoche; mil pensamientos diversos vinieron á asaltarla y á turbar su habitual inocente reposo; tan pronto se reconvenía por no haber dado parte á su tío del descubrimiento del pergamino, tan pronto dudaba de la existencia milagrosa del tesoro; acosada por la alegría de la certidumbre, y por el desaliento de la duda, se agitaba en su lecho y buscaba en vano el reposo; decíase que la bóveda del subterráneo no existía quizá y que había examinado mal el plano del castillo; que era preciso ante todo, asegurarse de la existencia de la bóveda, remover la tierra y buscar el anillo de hierro indicado en el pergamino.

¡Qué decepcion! Qué dolor! ¡Cuántas burlas despiadadas de parte de Enriqueta tendría que sufrir si después de haber revelado la existencia del tesoro se reconocía el sitio y un desenga-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MEXICO

ño coronaba todas las esperanzas! ¡No! Decididamente era lo mejor asegurarse desde luego, y sin decir nada á nadie, de la existencia del anillo ó argolla de hierro, signo cierto del cofrecillo que encerraba el tesoro.

Ya muy tarde se adormeció un poco; pero se despertó cuando el alba derramaba en el horizonte sus débiles tintas.

El primer cuidado de Mariana fué dirigir á Dios una ferviente plegaria desde lo más íntimo de su corazón; bajó en seguida al patio y dió á los habitantes del corral su acostumbrado desayuno; volvió á subir después, entró en el comedor y se puso á examinar de nuevo el plano del castillo.

Después de estar durante un cuarto de hora absorta en un largo estudio, fué á la cocina, buscó una linterna sorda, que encendió, tomó de un rincón la azadilla que le servía para trasplantar las flores, y bajó con el corazón tembloroso la escalera negra y estrecha que conducía á los vastos subterráneos del castillo.

Entró en el primer recinto sembrado de arena fina; apoyados contra la pared, había algunos barriles y varios haces de leña.

Una especie de puerta abovedada y redonda daba paso á la segunda estancia de aquella tenebrosa serie de habitaciones; todo al rededor había una gran cantidad de arena, y en ella enterradas muchas botellas: era la bodega del castillo.

Mariana, sin detenerse allí, franqueó una segunda abertura y pasó por otro subterráneo,

yendo á buscar la tercera puerta, que le condujo á un cuarto recinto más estrecho que todos los anteriores.

La huerfanita hubo de detenerse allí; el aire, escaso y húmedo, era sofocante, gotas de agua caían con ruido débil y lúgubre á lo largo de las paredes; dos aberturas bajas y negras, como otras tantas bocas del infierno, se abrían ante ella... ¿cual debería tomar?

Mariana procuró recordar las indicaciones del plano; su corazón angustiado trataba á la vez de hallar algún consuelo en la oración, dulce alimento de los espíritus desfallecidos; pero en aquel instante, dos ó tres ratas enormes pasaron cerca de ella, rozando casi su vestido y á la luz de la linterna, que temblaba en su mano, vió dibujarse en la pared una araña negra de un tamaño extraordinario.

La pobre niña quedó inmóvil, yerta de espanto, su corazón cesó de latir; quiso gritar y la voz se anudó en su garganta; por un movimiento instantáneo y sin reflexionar nada, tomó una de las dos bocas negras para huir de la terrible arañana, que rápida bajaba hácia ella.

Mariana anduvo algún tiempo muy de prisa conducida en alas del espanto; su frente se hallaba cubierta de un helado sudor, derrepente se vió obligada á detenerse; el terreno estaba de tal modo inclinado, que se resbalaba á cada paso. Su angustia llegó á los últimos límites, su cabeza se desvanecía, veía arañas y ratas por todas partes y su imaginación, exaltada y perdida, le forjaba visiones espantosas; mas ¡oh

cielos! ¡Dios viene en auxilio de la angustiada niña! ¡De súbito un punto luminoso aparece á su vista! ¡El corazón de Mariana late de nuevo, ya respira!... Vuelve á emprender su marcha vacilante, su valor renace, los ejércitos de arañas y de ratas que su imaginación forjaba, desaparecen... el punto blanco se agranda, un aire vivo y puro viene á refrescar el pálido rostro de Mariana y seca el helado sudor de sus sienes; algunos instantes después llega á una abertura practicada en la pared y que daba al bosque, cubierta á medias por plantas salvajes y espeso verdor.

Un suspiro de alivio y bienestar salió del pecho oprimido de Mariana, con su candidez de niña, se echó á reír al recordar su pasado espanto.

¡Cómo!—pensó.—¡Yo he tenido miedo de una araña... de una rata... esto es vergonzoso! ¡Ya sabía que las bodegas y subterráneos eran oscuros y estaban poblados de alimañas!

Las palabras mágicas de *subterráneo, anillo y tesoro* se presentaron á su mente, y la joven se puso á dar vueltas valerosamente en busca de su objeto.

No hallando nada, salió al subterráneo y tomó la abertura contraria á la que antes había elegido, perseguida por su espanto.

Marchó resueltamente, llevando su linterna por delante, pero cuando menos lo esperaba, sintió que el suelo faltaba bajo sus pies y cayó de rodillas, por dicha, la linterna no se apagó, y cuando se levantó, vió ante ella tres escalones

de tierra en los que no había reparado y que habían causado su caída.

Estos tres escalones anchos y poco inclinados, daban acceso á una escalera de piedra que se sumergía en la bóveda y que bajó valientemente hasta su fin.

Mariana dejó escapar un leve grito de alegría al hallarse en un pequeño sótano cuadrado; el suelo era de tierra fina y movediza, La huerfanita puso en el suelo su linterna y empezó á moverlo con su azadilla hacia el centro; al cabo de un cuarto de hora de trabajo, el pequeño instrumento tropezó con un obstáculo, inclinóse la niña y vió una superficie negra y pulida semejante al hierro; la tocó con la azadilla, la sondeó, la hirió con todas sus fuerzas y oyó como un sonido metálico que la hizo palpar de gozo; empezó á separar la tierra y halló en fin un anillo de hierro enmohecido, que parecía unido á una caja bastante grande del mismo metal.

A esta vista su corazón saltó en su pecho, y levantándose en seguida, se lanzó con la linterna en la mano y sin equivocarse esta vez, hacia la salida.

Juana se hallaba en la cocina preparando el almuerzo.

—¿Dónde está mi tío?—preguntó Mariana dejando la linterna sobre la mesa.

—Escribiendo en su gabinete, señorita,—respondió la criada.

Mariana salió rápidamente la escalera y lla-

mó suavemente á la puerta del gabinete de monsieur Derval.

—Tío mío,—dijo,—¿puedo entrar?

—Sí,—respondió desde adentro la voz de monsieur Derval.

Mariana abrió la puerta y fué á abrazar á su tío con efusión.

¡Ah,—ah!—siempre tan madrugadora,—exclamó monsieur Derval,—¡Pero qué cara tan alegre tienes, que ojos tan brillantes! ¿De dónde vienes? De qué granero oculto has salido? Porque estoy viendo telas de araña en tu traje, y no es eso sólo, vas llena de tierra; ven, acércate un poco... ¿Dónde te has hecho ese gran chichón que llevas en la frente?

—No hagáis caso de esto, tío mío, y oidme, tengo que pedir os una cosa.

—¿Y que es? Con tal que no se trate de pedirme una vaca para que dé leche y un rebaño de ovejas...

—No se trata de eso por ahora.

—Entonces te lo concedo.

—Muy bien, querido tío; venid.

Monsieur Derval dejó la pluma, se levantó y siguió á su sobrina sin dejar de reirse.

Al llegar al fin de la escalera, Mariana le dijo tomando su airecito grave.

Tío, tomad un azadon del jardinero, un martillo y unas tenazas de arrancar clavos; todo esto nos hará falta.

—¡Bien está!—repuso riéndose monsieur Derval.—Veo que quieres hacerme trabajar.

—Pensad,—repuso Mariana con un tono en-

fático,—que en la vida no hay placer sin trabajo; yo me atrevo á predeciros que aquí hallaréis algo más que placer.

—¡Diablo! Entonces merece la pena de que yo cargue con todos estos útiles ¿Pero á donde me llevas, á las bodegas?

—Tío mío, me habéis prometido hacer lo que yo os pida, ¿no es verdad?

—Sin duda,—respondió monsieur Derval;—vamos, ya te sigo á ojos cerrados. ¿Pero qué nuevo descubrimiento has hecho? ¿Algunas botellas enterradas en la arena?

—Algo que vale mas, tío mío; por lo pronto, para desenterrar botellas no hace falta un azadón.

—Ni un martillo; pero espera, no andes tan de priza, porque yo no veo una gota.

—¡Oh, es que yo conozco el camino; dadme la mano, tío y seguidme!

—Ya, veo que tu conoces el camino, y en verdad que es feo é incómodo... Estas entradas, negras como boca de lobo, son poco agradables.

—Es como el camino de la fortuna, tío; está erizado de obstáculos y de dificultades.

—¿Sabes,—dijo monsieur Derval,—que esta aventura parece un capítulo de novela? El subterráneo, la linterna sorda, el azadón, el martillo, nada falta para hacer creer que vamos en busca de un tesoro.

—Tal vez no se engañaría el que lo pensase,—dijo Mariana bajando la escalera que llevaba al último subterráneo.—Ya hemos llegado tío,



mirad el suelo, yo he empezado ya á trabajar.

—Te confieso Mariana,—dijo monsieur Derval,—que no sólo no veo nada, sino que tampoco comprendo nada.

—Pues bien, mi querido tío,—repuso la niña,—si yo no temiese engañarme os diría: Aquí hay un tesoro enterrado por uno de los condes de La Saulnaye; pero como no hago más que suponerlo, sin tener la seguridad, sólo pido que cavéis con fuerza y que busqueis, porque hay aquí un anillo de hierro, unido á una plancha de lo mismo, y es preciso buscar lo que hay debajo.

Monsieur Derval, que ya empezaba á moverse un poco, se arrodilló y siguió el consejo de su sobrina, que le alumbraba con la linterna; bien pronto halló el anillo unido á la plancha de hierro, con el martillo hirió esta ligeramente y percibió un sonido sordo. Entonces se levantó, tomó el ázadon y se puso á separar con él la tierra que cubría la placa; al cabo de cinco minutos estaba del todo desembarazada y presentaba una superficie de un metro cuadrado.

Monsieur Derval se detuvo, enjugó el sudor que bañaba su frente, y comprimiendo las palpitations de su corazon y el temblor de sus manos, tocó las charnelas y la cerradura, asegurándose de que era un cofrecillo de hierro. En seguida probó á levantar la tapa con el auxilio del anillo, pero viendo que era imposible, se armó de las tenazas, que su previsorá sobrina le había hecho llevar y atacó á la cerradu-

ra, que consiguió violentar; en fin, sirviéndose de toda su fuerza, consiguió levantar la pesapa tapa, que poco después caía sobre la arena.

No bien tío y sobrina fijaron sus miradas sobre el contenido de la caja, dos gritos se escaparon de su pecho; monsieur Derval tuvo un instante de deslumbramiento. Un monte de monedas de oro y una cantidad fabulosa de pedrería llenaban hasta los bordes el ancho cofre, que parecía aún demasiado estrecho para contener aquel inmenso tesoro.

Monsieur Derval cayó de rodillas y alzó al cielo sus ojos y sus manos.

—¡Dios mio!—exclamó con entusiasta fervor.—¡Yo os doy gracias por el tesoro que me enviáis! ¡Seáis mil veces bendito! ¡Vos sois Todopoderoso y las leyes de vuestra sabiduría son tan infinitas como incomprensibles!

Mariana se arrodilló al lado de su tío y oró también con íntimo fervor.

Después de haber vuelto á tapar el cofrecito, monsieur Derval salió del bienhechor subterráneo.

Mariana iba apoyada en su brazo y le explicaba por qué casualidad milagrosa había ella descubierto la existencia del tesoro, terminando por darle el pergamino que había hallado detrás del retrato del conde de La Saulnaye.